MUNDO DE LIBROS

Doble error: Novela

PROSPER MÉRIMÉE

EDICIÓN DIGITAL

Vista previa gratuita · Mundo de Libros · tiendamundodelibros.com

Doble error: Novela

Prosper Mérimée

Edición digital de dominio público.
Texto original: Project Gutenberg.
Mundo de Libros

NOTA DE TRANSCRIPCIÓN

* Las cursivas se muestran entre _subrayados_ y las versalitas se han convertido a MAYÚSCULAS.

* Los errores de imprenta han sido corregidos.

* La ortografía del texto original ha sido modernizada de acuerdo con las normas publicadas en 2010 por la Real Academia Española.

* La puntuación también ha sufrido ligeros retoques para su modernización.

COLECCIÓN UNIVERSAL

Próspero Merimée

DOBLE ERROR

MCMXIX

ES PROPIEDAD Copyright by Calpe, 1919.

Papel fabricado especialmente por LA PAPELERA ESPAÑOLA.

COLECCIÓN UNIVERSAL

PRÓSPERO MERIMÉE

Doble error

NOVELA

La traducción del francés ha sido hecha por D. Ángel Sánchez Rivero.

[Ilustración]

MADRID-BARCELONA MCMXIX

«Tipográfica Renovación» (C. A.), Larra, 8.—MADRID

MERIMÉE

Próspero Merimée (1803-1870) nace en París, muere en Cannes; desempeña algunos cargos administrativos, y en un viaje por España contrae estrecha amistad con la condesa de Montijo y con su hija Eugenia, años después Emperatriz de los Franceses. Esta amistad le hace compartir la vida íntima de la corte durante el Segundo Imperio y le lleva al Senado.

_Para el público español la personalidad de Merimée va principalmente unida al recuerdo de _Carmen_, una de las más resonantes interpretaciones de nuestro ambiente. Con esta linda novelita, son título a la gloria de Merimée la _Crónica del reinado de Carlos IX, Colomba, Tamango, Matteo Falcone, La Venus de Ille_ y otras varias, breves y delicadas._

_Merimée pertenece a la casta de los artistas refinados, enemigos de la prodigalidad y la exuberancia. Su forma es precisa y apretada; su construcción firme y lógica. Dibuja un carácter con un rasgo ligero. Huye de las frases excesivas. Su tono es el de un hombre de mundo

que cuenta las mayores atrocidades sin cambiar de acento, con un espíritu de mordacidad velada y de escepticismo desilusionado._

Doble error (La double méprise), _publicada en 1833, presenta en breve espacio estas características del delicado talento de Merimée: la ironía mundana y pesimista, la sobriedad elegante, la trabazón arquitectónica y el fácil y penetrante dibujo de los caracteres._

DOBLE ERROR

I

Julia de Chaverny llevaba unos seis años de casada y desde hacía próximamente cinco o seis meses había reconocido, no solo la imposibilidad de amar a su marido, sino también la dificultad de tenerle en alguna estimación.

Y no es que este marido fuese mala persona ni tonto ni bobo. Acaso, sin embargo, había en él algo de todo esto. Consultando su memoria, hubiera ella podido recordar que en otro tiempo le había parecido amable; pero ahora le aburría. Todo en él le resultaba antipático. Su manera de comer, de tomar el café, de hablar, le crispaba los nervios. No se veían, ni se hablaban, más que en la mesa; pero comían juntos varias veces por semana, y era lo bastante para alimentar la aversión de Julia.

En cuanto a Chaverny, era un hombre bastante buen mozo, quizá demasiado grueso para su edad, de tez fresca, sanguínea, refractario por temperamento a esas vagas inquietudes que atormentan a las gentes imaginativas. Creía piadosamente que su mujer sentía por él

una dulce amistad (era demasiado filósofo para creerse amado como el primer día de matrimonio), y esta persuasión no le causaba ni placer ni pena; se hubiera acomodado igualmente a lo contrario. Había servido en un regimiento de Caballería; pero al heredar una fortuna considerable, se había cansado de la vida de guarnición y, presentada su dimisión, se había casado. Explicar el matrimonio de dos personas que no tenían una idea común puede parecer bastante difícil. Por una parte, los parientes y estos amigos oficiosos que, como Frosina, casarían la república de Venecia con el Gran Turco, se habían movido mucho para arreglar los asuntos de interés. Por otro lado, Chaverny pertenecía a una buena familia; no estaba entonces demasiado gordo; era alegre, y resultaba en toda la acepción de la palabra un «buen muchacho». Julia le veía venir con gusto a su casa, porque le hacía reír contándole historietas de su regimiento, de una comicidad que no era siempre de buen gusto. Le encontraba simpático, porque bailaba con ella en todos los bailes y no le faltaban nunca buenas razones para persuadir a su madre a que se quedase hasta una hora avanzada, a ir al teatro y al Bois de Boulogne. Por último, Julia le tenía por un héroe porque se había batido honrosamente en duelo dos o tres veces. Pero lo que redondeó el triunfo de Chaverny, fue la descripción de cierto coche que haría construir según un plan suyo y en el cual conduciría él mismo, a Julia cuando hubiese consentido en otorgarle su mano.

Al cabo de algunos meses de matrimonio, todas las bellas cualidades de Chaverny habían perdido mucho de su mérito. No bailaba ya con su mujer; no hay que decirlo. Sus historietas alegres, las había referido todas tres o cuatro veces. Ahora decía que los bailes se prolongaban demasiado. Bostezaba en el teatro y consideraba una

molestia insoportable el uso de ponerse de etiqueta por la noche. Su defecto capital era la pereza; si hubiese procurado agradar, acaso lo hubiera podido conseguir; pero todo esfuerzo le parecía insoportable; condición común a casi todas las gentes gordas. La sociedad le aburría, porque en ella solo le reciben a uno bien en la medida de los esfuerzos que se hacen por agradar. La alegría burda le parecía muy preferible a distracciones más delicadas; pues para distinguirse entre las personas de su gusto, solo necesitaba gritar más fuerte que los otros, cosa no difícil para él, con pulmones tan vigorosos como los suyos. Además, se vanagloriaba de beber más vino de Champaña que un hombre ordinario, y hacía perfectamente saltar a su caballo una valla de cuatro pies. Gozaba, por consiguiente, de una estimación legítimamente adquirida, entre esos seres difíciles de definir a quienes se llama los jóvenes, que abundan en nuestros bulevares hacia las cinco de la tarde. Partidas de caza, jiras campestres, carreras, comidas o cenas de solteros, eran buscadas por él con ahinco. Veinte veces al día declaraba que era el más feliz de los hombres; y siempre, al escucharle, levantaba Julia los ojos al cielo y su boquita tomaba una indecible expresión de desdén. Bella, joven y casada con un hombre que le disgustaba, concíbese que debía verse rodeada de homenajes muy interesados. Pero, además de la protección de su madre, mujer muy prudente, su orgullo, que era su defecto, la había defendido hasta entonces contra las seducciones del mundo. Por lo demás, el desengaño que había seguido a su matrimonio, dándole una especie de experiencia, había hecho difícil que se entusiasmase. Sentíase orgullosa de verse compadecida en sociedad, y citada como un modelo de resignación. Después de todo, se encontraba casi feliz; a nadie amaba, y su marido la dejaba en completa libertad. Su

coquetería (es preciso confesarlo, le gustaba un poco probar que su marido no conocía el bien que poseía), su coquetería, completamente instintiva, como la de un niño, se conciliaba muy bien con cierta reserva desdeñosa que no era gazmoñería. En fin, sabía ser amable con todo el mundo; pero con todo el mundo igualmente. La maledicencia no podía reprocharle la menor cosa.

II

Los dos esposos habían comido en casa de la señora de Lussan, madre de Julia, que partía para Niza. Chaverny, que se aburría mortalmente en casa de su suegra, se había visto obligado a pasar allí la velada, a pesar de sus ganas de ir a reunirse con sus amigos en el bulevar. Después de comer se había arrellenado en un cómodo sofá, y había pasado dos horas sin decir una palabra. La razón era sencilla: dormía, con decoro desde luego, sentado, la cabeza inclinada a un lado como escuchando con interés la conversación, y hasta se despertaba de cuando en cuando y colocaba unas palabras.

Después fue preciso sentarse en una mesa de _whist_, juego que detestaba porque exigía cierto cuidado. Todo esto se había prolongado hasta bastante tarde. Acababan de dar las once y media. Chaverny no tenía ningún compromiso para la noche: no sabía qué hacer. Mientras se hallaba en esta perplejidad, anunciaron su coche. Si volvía a su casa, tenía que llevar a su mujer. La perspectiva de encontrarse a solas con ella durante veinte minutos, era cosa que le espantaba; pero no tenía cigarros en el bolsillo, y sentía apremiantes deseos de empezar una caja recibida del Havre en el momento mismo en que salía para comer. Se resignó.

Cuando envolvía a su mujer en el chal, no pudo menos de sonreír viéndose, en un espejo, cumplir así los deberes de un marido de ocho días. Consideró también a su mujer, a la cual apenas había mirado. Esta noche le pareció más bonita que de costumbre, y por ello tardó algún tiempo en ajustar el chal sobre sus hombros. A Julia le contrariaba, como a él, la perspectiva de quedarse a solas con su marido. Su boca hacía una pequeña mueca de disgusto, y sus cejas arqueadas se aproximaban involuntariamente. Todo esto daba a su fisonomía una expresión tan agradable, que ni un marido podía ser a ella insensible. Sus ojos se encontraron en el espejo durante la operación de que acabo de hablar. Ambos se sintieron turbados. Para salir del apuro, Chaverny besó sonriendo la mano de su mujer, al levantarla ella para arreglarse el chal.

—¡Cómo se quieren! —dijo por lo bajo la señora de Lussan, que no advirtió el frío desdén de la mujer, ni el aire despreocupado del marido.

Sentados ambos en el coche y tocándose casi, permanecieron primero algún tiempo sin hablar. Chaverny sentía que era conveniente decir algo, pero nada se le ocurría. Julia, por su parte, guardaba un silencio desesperante. Él bostezó dos o tres veces, y sintiéndose avergonzado, se creyó, la última vez, en la obligación de pedir perdón a su mujer.

—La reunión ha sido larga —agregó para excusarse.

Julia no vio en esta frase más que la intención de criticar las reuniones de su madre y de decirle alguna cosa desagradable. Desde hacía mucho tiempo había tomado la costumbre de evitar toda explicación con su marido; continuó, pues, guardando silencio.

Chaverny, que a su pesar se sentía esta noche con ganas de hablar,

prosiguió al cabo de dos minutos:

—He comido hoy muy bien; pero tengo que decirte que el champagne de tu madre es demasiado dulce.

—¿Cómo? —preguntó Julia volviendo hacia él la cabeza con mucho abandono y fingiendo no haber oído.

—Decía que el champagne de tu madre es demasiado dulce. Se me ha pasado decírselo. Es asombroso, pero se cree que es fácil elegir el champagne. Y no hay nada más difícil. Hay veinte clases de champagne que son malas, y no hay más que una buena.

—¡Ah!

Y Julia, después de haber concedido esta interjección a la cortesía, volvió la cabeza y miró por la ventanilla de su lado. Chaverny se echó hacia atrás y puso los pies en el asiento delantero del coche, algo mortificado de que su mujer se mostrase tan insensible a todos sus esfuerzos por entablar conversación.

Con todo, después de haber bostezado otras dos o tres veces, continuó acercándose a Julia.

—Ese traje te sienta maravillosamente, Julia. ¿Dónde lo has comprado?

—Quiere, sin duda, comprar otro igual a su querida —pensó Julia—. En casa de Burty —respondió sonriendo ligeramente.

—¿Por qué te ríes? —respondió Chaverny, quitando sus pies del asiento y acercándose más.

Al mismo tiempo cogió una manga del traje y se puso a tocarla un poco a la manera de Tartufo.

Hasta aqui llega la vista previa gratuita.

Sigue leyendo este libro completo en tu biblioteca:

compralo por $20 MXN o leelo con la Membresia ($149 / 30 dias).

tiendamundodelibros.com